

Las Turbas del Viernes

Conforme avanza inexorable la noche, muda en el carrillón de Mangana, el ambiente se hace tenso por momentos. A las cinco y media llega la hora. Emilio, el último de los sacristanes «de antes» que le quedan a Cuenca, descorre ceremoniosamente el grueso cerrojo mientras unos hombres de morado, los banderos, alzan en silencioso esfuerzo las andas de Jesús Nazareno. Sólo unos pocos que pasaron por el corredor de «La Esperanza» tienen el privilegio de ver desde dentro cómo por fin se abre el viejo portón de «El Salvador» y asoma el Paso lentamente, casi a rastras. Afuera un estruendo vibrante sacude la desigual plazuela, casi olvidada los otros 364 días. Parece que va a romperse cuando «El Jesús», precediendo a ese cirineo que Marco le tallara para ayuda en el camino, recibe la primera «clariná», esa disparatada sinfonía imposible de plasmar en pentagrama alguno. Afuera estaban esperando sus Turbas. Las Turbas de Cuenca.

Un año más, fieles a la cita, están ahí. Odiadas. Jaleadas. Mitificadas. Sacadas de quicio. No siempre comprendidas. Ilusión de muchos. Desamor de otros tantos. Discutidas. Farisaicamente utilizadas. Entrañables. Simplemente eso, las Turbas del Viernes Santo.

Esas Turbas de las que tanto se habla, casi siempre con pasión, a favor y en contra. De las que tanto se ha escrito, no siempre con justeza ni justicia. Esas mismas Turbas que ya se deslizan, San Vicente abajo, golpeando con maquinal furia sus forrados tambores, eternamente roncós, mientras buscan la mirada del Jesús, que quizá se perdió a medianoche en la soledad de su capilla, cuando el templo era aún un infinito silencio en la vigilia de adoradores nocturnos.

Se intenta con ansiedad encontrar explicaciones y respuestas para una incógnita casi de ecuación: el origen de las Turbas. Se las ha querido entroncar en el legendario y nebuloso «Motín del tío Corujo». También se ha ensayado una interpretación desnaturalizadora leyendo entre líneas en la Constitución 36.ª de la Hermandad de N. P. Jesús Nazareno cuando dice que «El Prioste Hermano Ma-



Alegoría de los dos sanjuanes.

yor... la mañana del Viernes Santo no abrirá la puerta de su casa hasta rayar el día y dará sólo a los hermanos que concurren el corto agasajo que sea compatible con el precepto de ayuno, sobre cuyos particulares se le hace el más especial encargo», lo que se trata de hacer corresponder con la costumbre que tenían los antiguos turbos de acudir a despertar con bastante algarabía al Hermano Mayor, quien les obsequiaba, entonándose cuerpos y espíritus.

Como la imaginación es libre y el tema apasionante, siguen emergiendo teorías, más o menos coherentes, enrevesadas y pintorescas. Pero que se quedan en eso, conjeturas o hipótesis a veces saturadas de fantasía, supliéndose con buen entusiasmo ya falta de los datos comprobados sin los que no cabe ninguna construcción científica y rigurosa de nuestra Historia.

Porque, en efecto, más allá de la fecha aproximada de 1900, década arriba o lustro abajo, ante el investigador se yergue un muro infranqueable: el más absoluto mutismo de fuentes. No hay siquiera una fugaz referencia válida, ni un mínimo documento concreto relativo a las Turbas, incluso en las propias actas de la Hermandad del Jesús, a la que, de siempre, se las ha vinculado. Y no se explica cómo un fenómeno tan insólito y típico de Cuenca ha podido pasar sin dejar rastro o desapercibido para todas esas generaciones anteriores ya semanasanteras. A no ser que no haya existido tal presencia de las Turbas. Y esto último es lo que consideramos, «iuris tantum», más exacto.

Así, Patacos, Planchas y Pantalones —por tres veces la misma letra de oro— formaron la trilogía de familias o dinastías iniciadoras del rito, preservando su pureza y autenticidad a través de estricta sucesión, por consanguinidad o afinidad, hasta la ulterior y moderna expansión.

Mucho han cambiado las Turbas desde aquellos tiempos en que sólo muy pocos, no sé si respetados o mal vistos, interpretaban el papel de burla con la tez escurecida delante de «su Jesús». Ya ni el sonido es el mismo, porque cuentan los viejos que el tambor repetía, goloso, una y otra vez, «¡Alajú - Alajú - Alajú - Jú - Jú!», y el clarín, enjuagado con leche y perdigones, espetaba algo parecido al «¡Resoliii...!», que otros llamaban zumo de túnica nazarena. Ahora se corea ese cerril y bobalicón «¡Ay que le da, que le da!», remedo de cierta zarzuela, que lo mismo se repite en la Vaquilla como suena en el Polideportivo —tambores incluidos— sacando las cosas de tono y escenario.

También se viene evidenciando la escasez, casi pertinaz sequía, de clarines mientras los tambores han proliferado hasta convertir nuestras Turbas en una especie de «Tamborrada» al estilo de Calanda. La explicación parece estar en la ley del mínimo esfuerzo y máximo ruido. Porque, ciertamente, cuesta sudor y fatigas sacarle un parco sonido al laberíntico trompetucho, que además «mola» menos.

Así las cosas algunos decidieron retirarse del periplo turbista y ahora prefieren repasar continuamente su procesión, ver cómo la Soledad pasa junto a la vieja «Casa Palomo», en donde se fabricara el mejor resoli de Cuenca, cuya fórmula guardan celosamente los

descendientes de don Eusebio. O contemplar maravillas por la Puerta de Valencia, cuando se cimbrera la palma de San Juan como acariciando el fondo de la hoz, mientras se distingue entre sombras el blanco frontón de San Pablo y suena, ¡cómo no!, la marcha de Cabañas. Imágenes fijas en la retina y el recuerdo.

Delante, por San Francisco, sigue el canturreo de los tambores y la marea de turbos, con y sin «credencial». La célebre credencial que quiso ser control para frenar tanto desmadre denunciado con dedo acusador, pero que se quedó en pamema, porque el misterioso color acabó siendo un secreto a voces, a pesar de los siglos del hermano Pinós, y el grupo creció «milagrosamente» como si se tratara de una versión moderna, nada evangélica, de la multiplicación de panes y peces.

Prescindiendo de este «affaire» credencialero, una visión general de las actuales Turbas nos revela la existencia en las mismas de tres bloques netamente diferenciados. Uno lo integran los genuinos Turbos, que no hay que identificar sino más con los «tradicionales», porque también hay recién llegados que han calado en el cogollo del añejo sentimiento. Siguen firmes cada madrugada de Viernes Santo defendiendo con el ejemplo su tradición viva frente a los intentos de mixtificación.

Otro sector importante, numéricamente considerado, se nos presenta en aluvión como resultado de un cierto «efecto seguimiento», con innegable dosis de exhibicionismo rayano en lo narcisista. Son turbos de cartón-piedra que, sin duda, dejarían de comparecer si todos los turbos tuvieran que salir, como aún hoy se ve en algunos veteranos, con la cara tapada y en absoluto anonimato; o, al menos, con la cabeza semicubierta por el judaico paño. Solución que dejamos aquí apuntada para que conste.

Por fin, un tercer bloque, más difuso, incluye a los llegados (tampoco necesariamente forasteros, como algunos pretenden en su afán de «sacudirse las pulgas» como sea) con el único fin de divertimento báquico, carnavalesco y



BAR EL TREBOL

Especialidad en
TAPAS VARIADAS

● GRAN SERVICIO

● LOCAL CLIMATIZADO

ESTAMOS EN

FERMIN CABALLERO, 5

DE CUENCA

